

HOMENAJE ANA DÍAZ MEDINA. CENTRO DE LA MUJER

Queridas amigas y amigos:

Seré breve, porque el encargo oficial que se me ha hecho es de no hablar mucho más de unos cinco minutos. Encargo cuya deferencia agradezco a la doctora Esther Martínez Quinteiro y al Centro de Estudios de la Mujer de la Universidad de Salamanca.

No tengo por qué ser la persona más adecuada para intervenir aquí, a no ser como representante académico del Área de Historia Moderna y por la amistad que me unía a nuestra compañera fallecida. Muy posiblemente fui la última persona que habló por teléfono con ella a las diez de la noche del sábado nueve de junio pasado. Por lo que creo probable que el infarto fulminante se produjera en la mañana del domingo diez. Y todo lo demás ya es sabido.

Ana Díaz Medina no fue una profesora típica. Su dedicación y entrega a la Universidad se salían de lo habitual, aunque quizás no hubiese tenido mucha cabida en la “cuadrícula del caos”, que es como José Carlos Bermejo ha definido al Plan Bolonia de Educación Superior en su obra *La fábrica de la ignorancia* (del año 2009). Ese Plan tan fiscalizador, constrictivo y papelero como ineficiente, por nada financiado.

Ana Díaz Medina pertenecía a una Universidad que se ha llevado el tiempo, y que unos cuantos construyeron entre los años sesenta y los años ochenta del pasado siglo. Por eso quiero aprovechar este acto para solicitar públicamente que, al modo como se hace en otras universidades, algunas de nuestras aulas lleven los nombres de aquellos profesores y profesoras, ya fallecidos, que recrearon la Facultad de Geografía e Historia en el quinquenio final de 1960. Y, en este caso, que se nombre una de esas aulas como “Doctora Ana Díaz Medina”. Y así parecerá menos inútil la obra de todos ellos, en tiempos de desmontes y de fusiones de facultades que van a acabar retornando a aquella indiscriminada Facultad de Filosofía y Letras de 1960, ciertamente con abaratamiento de costes, que es de lo que se trata.

Ana Díaz Medina tampoco hubiera tenido cabida en los actuales currículos de impacto, apropiados para trepar escalones formales y aparentes. Por eso, voy a limitarme en estas palabras a leer aquí la nota que, con el título levemente irónico de “curriculum”, envié a la página web y a los miembros de la Fundación Española de Historia Moderna con posterioridad a su fallecimiento. Es como sigue:

CURRICULUM: ANA DÍAZ MEDINA. SALAMANCA, 1965-2009

No fue mujer de curriculum mezquino, ladrillo a ladrillo de su propio interés académico. Ni estuvo pendiente de los cenáculos, de las asociaciones y de los grupos de influencia. No era lo suyo el brillo del cargo, el ascenso profesional a cualquier precio ni la intriga. Por eso no fue políticamente correcta. No era carácter fácil, aunque la energía aparente velaba un interior romántico. Una máscara necesaria (en una universidad de varones) para las mujeres que accedieron a las academias en la década de 1960 del pasado siglo. Llegar era más difícil y, si acaso, a las adjuntías, con muchas horas de trabajo oculto bajo otras firmas. Y luego las horas de clase, en cascada, sin tiempo para mucho más, sin becas en el extranjero ni otras gollerías que vinieron después. Era una España limitada. Eran unas universidades limitadas, mercados docentes y de promoción social en tierras pobres. Por eso la investigación contaba menos, sobre todo si se tenía vocación pedagógica. Y ella la tenía. Y sobre ella construyó sus afanes y su vida. Demasiada generosidad, con minuciosa preparación de clases hasta las madrugadas, reparto de sus propios materiales, tutorías repletas e incansable dedicación a los alumnos. Y con una impecable puesta en escena. Demasiada preocupación por los otros y poca de sí misma. Ayudó a promocionarse a muchos y ella se quedó atrás, valiendo, quizás, más que alguno. Porque sabía más que muchos que escribían más y que sabían menos de lo que escribían. Pero ella estaba en otras cosas, entusiasta, idealista, demasiado impulsiva y desbordante a veces, poco calculadora, sobre todo en cuestiones de dinero. El lucro y el vellón nunca le tentaron demasiado. Y así se pasó el tiempo, como en los sueños, con más de cuarenta años de dedicación a las aulas, en las que era inigualable. Fueron una sucesión de atardeceres áureos en la fachada mítica. Fueron generaciones de geranios rojos en su piso de Espoz y Mina. Fueron aquella floración de textos y hojas y fuentes que repartía. Y todo hasta su jubilación en octubre de 2009, después de haber sido, en la última etapa, directora del Centro Universitario de la Mujer. Falleció en junio de 2012, inesperadamente (como los hijos de la mar), y nos dejó la fragancia de una personalidad particular, de acusada sensibilidad, consagrada a la vocación de las aulas. Su mejor curriculum está en la memoria de los que fueron sus alumnos. No pocos la llamaban doña Ana.

Luis E. Rodríguez-San Pedro